
8 Santa María, hija predilecta del Padre

"Alégrate María, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1,28)

Objetivo

*Vivir la filiación divina como Sta. María:
desde el profundo amor al Padre y la
entrega total a su voluntad.*

Introducción

Sin duda alguna, el punto de inflexión más importante y decisivo de la Historia de la Humanidad es el momento de la Anunciación. Llamado por S. Pablo, "la plenitud de los tiempos", posibilitó la redención, por parte de Jesucristo, según el plan de Dios para nuestra salvación. Fue un momento en el que toda la creación estuvo pendiente de la respuesta que una jovencita de Nazaret iba a dar, nada menos que a Dios. Es una cumbre de la Historia desde la que puede contemplarse todo lo anterior y lo que habría de suceder después. Lo previo fue el tiempo de las promesas, de los preparativos, de la espera paciente de un pueblo que aguarda a un Salvador.

Dios tuvo a bien enviar a su Hijo al mundo, pero no de forma colosal o grandilocuente, sino siendo uno

de nosotros; compartiendo con los hombres, todo lo que entraña la naturaleza humana, excepto el pecado. Quiso formarle un cuerpo (cf. Heb 10,5) y para ello, fue también su voluntad predestinar a la que había de ser su Madre. En su infinita misericordia y desde toda la eternidad, escogió a la joven María de Nazaret y la adornó con todos los dones necesarios para desempeñar la misión que iba a encomendarle (cf. LG 56). Llena de gracia y libre de pecado debía ser Aquella que estaba llamada a ser la madre del Salvador, redimida ya desde su concepción. La Iglesia afirma en el dogma de la Inmaculada Concepción que “la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano”. Este hecho particularísimo, llevado a cabo por Dios con una sola de sus criaturas en toda la historia, es la prueba más elocuente de la predilección del Altísimo por esta hija suya a la que colmó de su amor y de su gracia. Pero, además, Dios quiso que la mujer que había elegido y preservado del pecado, fuera libre en su decisión, tuviera la posibilidad de aceptar o rechazar el plan de Dios sobre ella: “el Padre de las misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también la mujer contribuyera a la vida” (LG 56); y por eso, en aquel momento sublime, todo estuvo pendiente de un *fiat*, de un “hágase” en los labios de una virgen nazarena.

La consulta por parte de Dios nos deja atónitos. ¿Por qué tendría Dios que consultar a su criatura,

pedirle su consentimiento? En realidad, la respuesta no es para asombrarse tanto: si Dios la había creado libre, sería contradecirse a sí mismo el forzarla a obedecer; si así hubiera sido, ella actuaría por el determinismo de no tener otra opción, en lugar de hacerlo libremente, por amor y gratitud a quien le había dado la vida. Sí nos impresiona y mucho la respuesta de María. No pierde los nervios, no se queda sin palabras, sino que, desde la serenidad, analiza la propuesta y sus propias circunstancias: “¿cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1,34). Una vez aclaradas las dudas desde la fe, pues la lógica no tiene aquí ningún papel, acepta con total rotundidad y expresa su entrega con esa hermosísima fórmula: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Y el universo entero dejó de contener la respiración. El plan divino de salvación estaba en marcha gracias a que esta joven ha dejado a un lado los planes para su vida, y, con toda seriedad, se ha puesto en manos de su Padre Dios para, en adelante, cambiar su voluntad por la de Él y entregarse sin reservas a la misión de ser la madre del Mesías, esperado por su pueblo durante siglos. “Y el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros” (Jn 1,14). Y tomó carne en el seno de una muchacha judía que creyó, al estilo de Abrahán, que lo que se le dijo de parte de Dios, se cumpliría (cf. Lc 1,45).

Consecuencia completamente lógica de la fe de María es la visita a su prima Isabel. Por fe, la Virgen abraza entonces la voluntad de Dios, como sin duda lleva haciendo toda su vida, y por amor a ese Dios que la ha creado y la ha elegido, se siente impelida a servir a sus hermanos. Conoce por el Ángel la situación de su pariente Isabel, mayor ya y embarazada. San Gabriel da

esta información como confirmación de que Dios puede todo lo que quiere: "...en su ancianidad ha concebido un hijo porque para Dios nada hay imposible" (Lc 1,37). Y en ese momento histórico, en el que María se hace esclava de la voluntad de Dios, surge en ella la necesidad urgente de ir a atender a quien la necesita. Y no se para ni un momento a contemplarse a sí misma: elegida por Dios, madre del Salvador, llena de gracia..., sino que "corrió aprisa a la montaña" (Lc 1,39), porque allí estaba Isabel que necesitaba su ayuda.

Demos gracias a Dios, Padre de misericordia por María que "redimida de un modo eminente, en atención a los méritos de su Hijo y a Él unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo" (LG 53).

Partiendo de la vida (ver)

1. Puedo contar un hecho de vida que muestre cuál es mi actitud ante una toma de decisión: si me paro a pensar qué es lo que el Señor está pidiéndome en ese momento; o si, por el contrario, ni siquiera me planteo que Dios pueda estar presente en mis opciones y hago prevalecer mi voluntad.

2. Hechos de vida que dejen ver qué es lo que me mueve en mi actuar cotidiano: mi propio interés, mis apegos, el afán de servicio, mi comodidad, la posibilidad de hacer algo bueno por alguien, la opinión que los demás puedan formar de mí...

3. También puedo traer al grupo algún hecho de mi vida en el que pueda verse cómo es mi reacción

ante alguna circunstancia en la que veo claramente la voluntad de Dios sobre mí: si me resisto o incluso me rebelo; o si lo acepto con mansedumbre, poniéndome en las manos de mi Padre, que me acompaña y me acerca a Él a través de las cosas que me pasan.

4. Presentar algún hecho de vida en el que, tras conformar mi voluntad con la de Dios, me he sentido empujado a servir a alguien en algo en concreto. O también, ocasiones en las que me he sentido instrumento del amor de Dios para mis hermanos.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- “Cuando Dios se revela hay que prestarle la obediencia de la fe” (Rom 1,5; 16-26; 2Cor 10,5-6); el cristiano, llamado a hacer la voluntad de Dios (Heb 10,5-7).

- Disfrutemos una vez más del relato de la Anunciación con toda su riqueza de matices (Lc 1,26-38). Su fe lleva a María, a actuar con disponibilidad y entrega (Lc 1,39-45) y a cambiar sus planes (Mt 2,13-15).

- La caridad como remedio para el pecado (1 Pe 4,8); la caridad lleva a no olvidarse de los pobres (Gál 2,10); solicitud por el necesitado (Sant 2,12-13).

- “La fe es fundamento de lo que se espera y garantía de lo que no se ve” (Heb 11,1). La fe en la historia de la salvación (Heb 11,2-40); fe perseverante, fijos los ojos en Cristo (Heb 12,1-3).

B) Magisterio de la Iglesia

- María hace suya la voluntad del Padre (DCE 17); por la fe “se confía, libre y totalmente, a Dios” (RMa 13); la fe de María parangonada con la de Abrahán (RMa 14). La fe nos orienta en el tiempo (LF 4); es la “respuesta a un Tú que nos llama por nuestro nombre” (LF 8); la fe es mirar “desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos” (LF 18). María como modelo de obediencia de fe (LG 56).

- Por el consentimiento de la Virgen se hizo realidad la esperanza de siglos (SpS 50; RVM 20); su *fiat* es fruto de su entrega total a Dios (RMa 39). La Anunciación como vértice de gracia de Dios al hombre y al cosmos (RMa 9); María elegida de forma singular y única (RMa 9).

- El amor a Dios nos conduce al amor a los hermanos (EG 178-179; DCE 16); de la fe en Cristo nace la preocupación por el pobre (EG 186-187); la caridad mueve a María a ir a casa de Isabel (RMa 12).

- María es la “llena de gracia” porque ha sido elegida para ser Madre de Cristo (RMa 9; MV 3); preservada de la herencia del pecado (RMa 10).

Compromiso apostólico (actuar)

Como compromiso de formación podríamos asumir, profundizar en el conocimiento de la figura de la Virgen. Hay preciosos textos en el magisterio de la Iglesia dedicados a Ella: el capítulo VIII de la constitución *Lumen Gentium*, del Concilio Vaticano II; la encíclica *Redemptoris Mater*, de S. Juan Pablo II; un

precioso documento, también suyo, sobre el rezo del rosario, llamado *Rosarium Virginis Mariae*, etc.

Otro compromiso podría ser, en la próxima ocasión en la que tenga que tomar una decisión importante, tratar de hacerlo desde Dios: qué quiere Dios de mí en este momento; dónde está su voluntad en las distintas opciones que se me presentan; de qué manera me conformo más a Cristo...Un compromiso bonito sería, si no lo hacemos ya, parar un momento en las tareas cotidianas a mediodía para rezar el Ángelus, siendo muy conscientes de lo que decimos y valorando el momento histórico que rememoramos.

También sería buen compromiso tratar de concretar mi fe y mi amor por el Señor en el servicio a los hermanos, por ejemplo, atendiendo de forma más especial a alguien de mi familia, del grupo o de la parroquia, que esté solo o con alguna otra necesidad.

Como compromiso de grupo, proponemos asumir algún día la dirección del rosario que se rece en la parroquia, enriqueciéndolo con textos, cantos y algún rato de silencio meditativo.